

Los mandalas y los nacionalismos

María Cruz Romeo

«Hay sólo una forma de aplacar a un fantasma. Debes hacer lo que te pida; los fantasmas de una nación piden grandes cosas, y deben ser aplacados cualquiera que sea el precio». Era el impulso ético de Patrick Pèarse. Es el impulso de quienes, como el viejo líder nacionalista irlandés, oyen las voces ancestrales clamando venganza y están dispuestos a pagar con sangre la redención de la tierra patria. El dios patria exige, puede exigir, el sacrificio de los héroes/mártires. Sólo así los espíritus de los muertos podrán ser aplacados ①.

Hay otros sacrificios, más cotidianos pero no por ello menos desgarradores. Estamos en el verano de 1822. El incipiente Estado liberal, que construye políticamente la nación española, se ve acosado por las partidas absolutistas que controlan amplias zonas de Cataluña. En defensa de la nación, los liberales recurren al maduro héroe de la Guerra de la Independencia, Francisco Espoz y Mina. El general navarro recordará que «uno de los primeros obstáculos, y no débil, que hube de combatir en la campaña en que ya puede decirse que me encontraba fue el sentimiento y el deseo de mi esposa. Seis meses hacía que nos habíamos unido: nuestra voluntad era una misma; ni ella ni yo queríamos separarnos; pero ambos hubimos de hacer un penoso sacrificio, yo en partir sin que me acom-

pañase, y ella consintiendo en mi partida sin acompañarme». La joven esposa, Juana de Vega, a quien se debe mucho del mito del militar liberal, escribiría años más tarde desde la melancolía del recuerdo que «la imperiosa ley del destino nos obligó después a separarnos repetidas veces, y éste fue siempre el mayor sacrificio que Mina hizo por su Patria». Es una historia sacrificial de amor; de amor por una persona real y por una nación imaginada. Difícil tensión. Juana de Vega se quedaría viuda antes de cumplir los veintiún años ②.

Jon Juaristi explicaba en *El bucle melancólico*

la clave de reproducción de todo nacionalismo: los relatos que transmiten, y renuevan, las demandas de las voces ancestrales. Sacrificios, venganzas, traiciones, derrotas, héroes y mártires se disponen con intensidad variable en la retórica nacionalista. Yo añadiría que en toda historia de utopía. Tal vez sea la forma de acercar el espacio de lo imaginario, de inscribir el no-lugar en el instante del presente en la perspectiva de construir mundos alternativos.

Contar historias, nos ha recordado Juaristi en este año de 1999 en dos sugerentes libros, *El chimbo expiatorio (La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939)* y *Sacra Némesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*, es ante todo una forma de vivir la modernidad, de autoexplícarnos a nosotros mismos y de definir el mundo que nos envuelve ③.

Modernidad y nacionalismo vasco conforman el sustrato común de dos obras en apariencia distantes. *El chimbo expiatorio* nos presenta desde la más ajustada adecuación a las reglas académicas la quiebra de la tradición liberal del Bilbao decimonónico, de un liberalismo amenazado en el cambio de siglo por

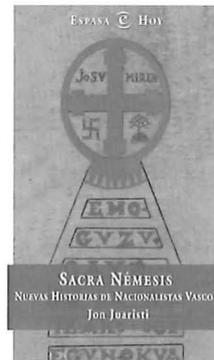
② *Memorias del general Don Francisco Espoz y Mina*, Madrid, Atlas, 1962 y *Condesa de Espoz y Mina: Memorias*, Madrid, Tebas, 1977.

① J. Juaristi: *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa Calpe, 1997.

③ Ambos libros, objeto de este comentario, han sido editados en Madrid por Espasa Calpe en 1999, si bien *El chimbo expiatorio* se publicó por primera vez en 1994 por Ediciones El Tilo en una edición muy limitada.



Jon Juaristi,
El chimbo expiatorio
(La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939),
Espasa Calpe,
Madrid, 1999



Jon Juaristi,
Sacra Némesis.
Nuevas historias de nacionalistas vascos,
Espasa Calpe,
Madrid, 1999

Juaristi funde y trasciende las facetas de historiador, estudioso de la literatura y creador literario.

el surgimiento de nuevas culturas políticas, la socialista, la republicana y la nacionalista. Estos lenguajes en lucha son abordados a través del análisis de la literatura costumbrista, aquella que «reflejó de un modo distorsionado y rabioso –«refractó»– los conflictos de la época» (pp. 13-14). Con *Sacra Némesis* nos acercamos a otro final de siglo, el nuestro, escenario de la evolución hacia un nacionalismo étnico, clara y radicalmente enfrentado a la democracia (sin adjetivos). Como había hecho en su celebrado ensayo de 1997, Jon Juaristi funde y trasciende las facetas de historiador, estudioso de la literatura y creador literario para relatar no sólo, ni primordialmente, nuevas historias de nacionalistas, sino para gritar la añoranza por un mundo, su mundo, que se acaba, como escribió T.S. Eliot, «no con un estallido, sino con un suspiro». Esa voz, que se sabe implicada e incluso participativa en algún momento, provoca, en mayor medida que los retratos y procesos descritos, un profundo desasosiego en el lector.

No obstante las distancias que las separan, ambas obras comparten algo más que ese sustrato mencionado. Me refiero a la interpretación última que suscitan. Al margen de la voz autorial y de sus intenciones explícitas, la reflexión que legítimamente puede el lector hacerse remite a la dificultad radical de conjugar el nacionalismo con los discursos del liberalismo y de la democracia. Jon Juaristi no formula directamente esta tesis; es más, en algún momento habla de «versiones amables» del nacionalismo, refiriéndose al valenciano. Pero como sus argumentos no se despliegan en este ámbito, me parece que las amables versiones nacionalistas son más un horizonte deseado y deseable que un escenario vivido. En este sentido resulta pertinente la comparación entre los capítulos finales de *El bucle melancólico* y *Sacra Némesis*. En el primero, escrito bajo el impacto de la tragedia que representaron los vecinos de Ermua, aún había posibilidad de poblar el país de esperanza: «ningún nacionalista que quiera sentar plaza de demócrata

podrá seguir moviendo el espantajo de la invasión. En Ermua ha nacido de nuevo el pueblo vasco» (p. 389). En el segundo, por el contrario, lo que queda es la más desgarradora, por silenciosa, de las derrotas y exilios porque «yo, lo confieso, me siento incapaz de presenciar el apasionante proceso de construcción de la etnia vasca del siglo XXI, de la Euskal Herria nacional, de la utopía abertzale» (pp. 304-305). Entre ambos finales ha tenido lugar una dinámica política compleja, la que va de Ermua al Acuerdo de Lizarra/Estella, al tiempo que una reflexión personal más amarga intelectual y políticamente.

Para indagar en el proceso de formación de la identidad vasca, en concreto, en el discurso identitario sobre la lengua, Jon Juaristi se ocupa en *El chimbo expiatorio* de uno de los efectos más audibles de la modernidad, la confusión de lenguas o el síndrome de Babel en el Bilbao de finales del siglo XIX. Como se sabe, Vizcaya experimentó un proceso de cambio sin precedentes. Astilleros, minas de hierro, siderurgia, banca, ferrocarriles cambiaban la faz de ese territorio abierto, además, a una población procedente de otras zonas de España. Los efectos de esa transformación se dejarían notar no sólo en su dimensión económica, sino también, y sobre todo, en las esferas socio-culturales, religiosas y políticas. El resultado de todo ello fue una sociedad profundamente desestructurada, sin señas de identidad compartidas, abocada a una crisis de los valores tradicionales e inmersa en la multiplicidad de códigos lingüísticos. Frente a ese mundo en conflicto, muchos sectores sociales vascos reaccionaron mediante el mito antimaqueto, que casi reproduce el mito babélico. Es decir, a través del desprecio al maqueto (inmigrante) y del horror a la ciudad que tolera la existencia de otras lenguas y dialectos. Su horizonte utópico «se halla en la construcción de una comunidad ideal de lengua, de una sociedad homoglósica y reconciliada consigo misma» (p. 33), alcanzable con la expulsión de los maquetos.

Como bien señala Juaristi, el mito anti-maqueto, xenófobo, fue un rasgo común a diferentes culturas bilbaínas antes de ser captado por el nacionalismo vasco e integrarse en la particular versión que de la historia y de la nación vasca formulara Sabino Arana. De ahí que los escritores costumbristas (liberales y nacionalistas), si bien abrieron el espacio del relato a la pluralidad de voces y registros lingüísticos, propusieran un universo literario dominado por el antimaquetismo y, en consecuencia, por una concepción profundamente estereotipada de la alteridad social y por una conciencia lingüística diferencial. El costumbrismo hizo suya la necesidad de redefinir la identidad colectiva de los bilbaínos mediante unas nuevas pautas culturales y lingüísticas. Porque, como escribiera Unamuno, «cosa triste en un pueblo que deja de ser uno, distinto de los demás». Y la diferencia comienza en el habla. Por eso se inventó, es decir, se encontró, el dialecto bilbaíno.

Unamuno, el inventor/creador del dialecto bilbaíno, participaba de esa alarma ante los cambios provocados por la industrialización, de esa repulsión que inspiraban los inmigrantes, de la nostalgia de Bilbao-paraíso perdido, cuyo mito simbolizó en la caza del chimbo (especie de pequeño pájaro). Después de Unamuno, y muy a su pesar, otros recogerían su planteamiento desde posiciones políticas muy distantes a la suya. «Cuando Unamuno inventó el dialecto y el costumbrismo dialectal, estaba, involuntariamente, creando las condiciones culturales para la aparición de una conciencia nacionalista burguesa. Tal vez su única intención fuera la de exorcizar el síndrome de Babel que le angustiaba tanto como a toda la burguesía tradicional de la villa. No contó con que toda literatura dialectal, por inocua y amable que parezca, suscita un sentimiento de agravio contra la lengua oficial» (pp. 236-237).

La disputa sobre el dialecto, que se desarrolló a partir de los años noventa, encubría un conflicto de legitimidad: ¿quiénes tenían más

derecho a reclamar la autoctonía bilbaína, los liberales o los nacionalistas? Fueron los escritores nacionalistas los que finalmente se apropiaron del dialecto y del mito bilbaíno. Para ello hubieron de considerar al primero un híbrido de castellano y eusquera, en lugar de una variedad del castellano como sostenía Unamuno, y desvitalizar al segundo de todo aquello que pudiera recordar las viejas luchas decimonónicas del Bilbao liberal contra los campos carlistas. A pesar de Sabino Arana, partidario del monolingüismo eusquérico y de una *Bizcaya* que era la antítesis del mito del Bilbao antiguo y dialectal, una buena parte de los costumbristas nacionalistas adoptaron el modelo lingüístico dialectal convirtiéndolo en una jerga anti-maqueta que podía servir a los nacionalistas bilbaínos como lengua transaccional, es decir, provisional, mientras no se hubiera producido la vasquización integral. De este modo, la literatura costumbrista en el dialecto castellano de Bilbao, y no en eusquera, se convirtió en el primer y principal soporte del nacionalismo cultural. De un nacionalismo que reinterpretó la historia con el objetivo de legitimarse a sí mismo y crear allí donde no existía la identidad nacional vasca. Esta labor exigió e implicó la disolución de la identidad bilbaína en el seno de esa otra identidad más amplia y, por supuesto, la muerte del chimbo liberal ante la nueva liturgia nacionalista.

Todo tiene una historia (con minúscula), incluso aquello que quiere ser y presentarse como un eterno sagrado, como sucede con las identidades nacionales. A este respecto *El chimbo expiatorio* describe acertadamente un proceso absolutamente contingente, el de la formación de la comunidad nacionalista vasca y de su mística de identificación y diferenciación. Ese proceso, además, fue internamente conflictivo. El antimaquetismo facilitó la construcción del «otro» y su exclusión. Pero, ¿y la afirmación del «nosotros»? ¿Desde qué espacio de experiencias se constituía ese «nosotros», desde la ciudad que había logrado en dos ocasiones resistir el sitio carlista o

desde las anteiglesias rurales que participaban de la visión carlista y de la religión integrista? La afirmación de la nación vasca y de sus señas de identidad no fue una dinámica sin víctimas, y me refiero a víctimas nacionalistas. Las páginas más desgarradoras de la obra no tienen como protagonistas a Unamuno y a Sabino Arana, sino a un nacionalista menos conocido, Emiliano de Arriaga, que ofreció una literatura y una filología bilbaínas al altar del nacionalismo y se encontró con el desprecio y el silencio del fundador. Su vasquismo fue más tibio que su bilbainismo. O, si se prefiere, era un individuo que buscaba un pasado que ya no existía.

Recordar esta historia ahora es obligado. Puede que sea la única manera de enfrentarse a tantos discursos esencialistas que recorren los proyectos nacionalistas. Desde esta óptica parece haberse pensado *Sacra Némesis*. Con unas estrategias narrativas similares a las desplegadas en *El bucle melancólico* y el recurso a su propia biografía vital e intelectual, de donde procede mucho de la originalidad de la obra, Juaristi se adentra en la evolución del nacionalismo vasco en los últimos treinta años a partir de la identificación de dos constantes: las consecuencias culturales de la secularización de los años sesenta que facilitaron la transferencia de sacralidad de la religión católica a la religión de la nación, y la atracción por lo terrible como fuente de lo sublime, que constituye la naturaleza profunda del terror moderno. Desde estas premisas, el autor nos conduce por los lugares sagrados que fueron tanto refugio de la sentimentalidad patriótica de los nacionalistas derrotados en 1937 como espacios donde nuevas generaciones aprendieron a imaginar la patria vasca, ese objeto terrible por el que habría que morir o que matar; por las experiencias de la primera generación de ETA y la estrategia terrorista; por el mundo de los estetas del nacionalismo revolucionario, en los que se reconoce «al pequeñoburgués aburrido y ávido de emociones prefabrica-

das» (p. 202) que todos llevan dentro, y de los intelectuales que han elaborado una historia y una teoría del nacionalismo radical y étnico. A través de esos recorridos y semblanzas individuales, Juaristi va exponiendo su interpretación del nacionalismo y su visión del mundo que le/nos envuelve.

La interpretación puede condensarse en la figura que utiliza para ordenar la evolución del nacionalismo vasco, el mandala, término hindú que significa círculo. Es una forma de diagrama geométrico ritual, que puede hallarse en correspondencia con un determinado atributo divino o una forma de encantamiento de la que viene a ser su cristalización visual. Los elementos básicos son figuras geométricas contrapuestas, concéntricas y encerradas, de ahí que se diga que «el mandala es siempre una cuadratura del círculo». Es, nos explica Juan-Eduardo Cirlot, «ante todo una imagen sintética del dualismo entre diferenciación y unificación, variedad y unidad, exterioridad e interioridad, diversidad y concentración. Excluye, por considerarla superada, la idea del desorden y su simbolización. Es, pues, la exposición plástica, visual, de la lucha suprema entre el orden, aun de lo vario, y el anhelo final de unidad y retorno a la condensación original de lo inespacial e intemporal (al “centro” puro de todas las tradiciones)».④ Juaristi, por supuesto, reconoce que el nacionalismo vasco ha pasado por diferentes fases y ha conocido modalidades diversas: el de Arana, católico, integrista, y «añorante del Antiguo Régimen»; el de Ramón de Sota y la Sociedad «Euskalerría», también de finales del siglo XIX, menos antiburgués y antimoderno; la evolución del Partido Nacionalista Vasco hacia la democracia cristiana; o el nacionalismo revolucionario de la primera ETA y de los Comandos Autónomos Anticapitalistas. Pero todos ellos, afirma, tienen algo en común: «un fondo etnicista al que nunca se renunció, aunque apareciera mitigado por otras mediaciones ideológicas» (pp. 284-285) y un principio ideológico que sirve de estructura a todo discurso

④ J.-E. Cirlot: *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1979, pp. 292-295.

y procede de la estética de lo sublime, la guerra interminable (de los vascos contra Roma y sus herederos, los visigodos, los castellanos, los españoles). Esta unidad subyacente es la que se despliega sin aditamentos en el actual modelo, el del nacionalismo étnico, incorporado por ETA y su entorno. Un modelo que es, en sí mismo, síntesis y superación de los anteriores. Es el mandala nacionalista; la cuadratura del círculo. En torno a su núcleo, la construcción de Euskal Herria, es decir, de la nación étnica, se disponen viejos elementos, ahora renovados. Así, el frente nacional, al que aspiraban sin conseguirlo los «Argala», Monzón y Larzábal de turno, y que es una realidad con el acuerdo de Estella de 1998 o el terrorismo social para alcanzar el objetivo soberanista, procedente de la época de los comandos autónomos. «En consecuencia, el nacionalismo democrático y lo que queda del nacionalismo revolucionario han sido deglutidos y asimilados por el único nacionalismo posible en las presentes condiciones, el nacionalismo étnico» (p. 294).

Este nacionalismo concibe la identidad vasca como identidad lingüística, de tal forma que vasco es sólo aquel que posee el eusquera. La tensión lingüística que describe *El chimbo expiatorio* ha dejado de existir. En su lugar se ha instalado la falacia semántica y la negación agresiva del otro, de un otro tan necesario como lo fue el maqueto de finales del siglo XIX para la xenofobia aranista. «Las cosas son como son en su esencia inmutable, y es el lenguaje el que, en todo caso, deberá adaptarse a dicha esencia. Homología del lenguaje y las instituciones con la esencia del pueblo: en eso consiste precisamente el proyecto etnicista» (p. 236).

Dado el triunfo del nacionalismo étnico, el balance final de *Sacra Némesis* es profundamente pesimista. Por un lado, «el anhelo final de unidad y retorno a la condensación original» fascina y ensimisma a los nacionalistas. Por otro, el Estado de Derecho y Democrático ha claudicado de sus obligacio-

nes primarias, garantizar la seguridad de sus ciudadanos (vascos). Finalmente, la capacidad de resistencia de la población no nacionalista es escasa, por no decir nula. En estas condiciones, sólo caben tres opciones: la violencia privada, el exilio o, la que Juaristi intuye más plausible, la aceptación del nuevo orden debido a los limitados costes individuales que implica. Pero las tres surgen de la más absoluta asunción de la derrota; de la derrota de la democracia y del Estado de Derecho; de la derrota, en fin, del individuo.

El país que necesitamos, escribe Juaristi, «no es el país culturalmente homogéneo, monolingüe y sin conflictos internos con el que sueñan los nacionalistas étnicos, sino un país donde se respete el derecho de cada ciudadano a expresarse en una u otra lengua y se garantice su igualdad ante la ley y las instituciones, un país donde los conflictos, que seguirán existiendo, no se solventen con el tiro en la nuca ni con el cóctel molotov, sino haciendo política» (p. 280). Estoy plena y absolutamente convencida de ello. Por ello discrepo de todos aquellos lenguajes políticos que construyen el sujeto desde una supuesta «identidad» esencial. Más aún, como persona, ciudadana e historiadora me incomoda esa noción tan en boga en los últimos años, los años de las mareas nacionalistas, y tan lastrada de cierto realismo implícito. Digo esto porque estando de acuerdo con muchas de las críticas incisivas del autor, su reflexión me parece ídnea si de lo que se trata es de hacer política. No discuto su diagnóstico acerca de la situación actual del País Vasco. A algunos les podrá parecer tal vez exagerado. En cualquier caso, esa es la percepción que quiere compartir Juaristi con sus lectores. Pero lo que les/nos propone es, en último término, la derrota de la política.

Me parece que esa conclusión procede en parte de la perspectiva que orienta la propuesta, tanto por lo que respecta al discurso básico sobre el nacionalismo vasco como al punto de referencia considerado, el caso irlan-

dés y la obra de Conor Cruise O'Brien, *Voces ancestrales. Religión y nacionalismo en Irlanda*. En relación con el primero, Juaristi concibe la nación como una comunidad imaginada forjada a través de los artefactos culturales (la literatura, la historia, por ejemplo) que son los que la dotan de significado. Mediante las representaciones simbólicas, las imágenes culturales o los mitos inventados, los nacionalistas crean los rasgos de la identidad nacional, del imaginario en el que la comunidad se reconoce y que funciona como una realidad histórica ⑤. Juaristi desvela, desenmascara, a través de las historias de nacionalistas ese imaginario que se quiere permanente, cerrado, sin fisuras. Pero atrapado en las historias, el autor acaba por asumir, proyectar y fijar como sustantivos muchos de esos caracteres a todo el nacionalismo en el tiempo. Podría decirse que su pesimismo, y hasta ciertos aires de fatalidad, dimanan de esta traslación, de pensar en fin que el nacionalismo dura para siempre (que es, en resumidas cuentas, lo que pretende todo buen nacionalista).

En *Sacra Némesis* se trata el triunfo del mandala nacionalista. A pesar de las diversas versiones nacionalistas, todas encuentran su lugar correspondiente en dicha figura porque todas, en suma, son la misma. Con otras palabras, la esencia del nacionalismo vasco es una porque en el fondo muchos de los materiales ideológicos aportados por Sabino Arana para crear la identidad nacional siguen actuando transcurridos más de cien años. Pero aunque esto fuera así, los hombres y las mujeres que se apropian de esos materiales no son los mismos. Es más, al hacerlos suyos, también los transforman y los dotan de nuevos significados. Esos hombres y mujeres no son meramente esclavos de la herencia recibida, ni son una tabula rasa.

Ahondando algo más en esta cuestión, cabría formularse la pregunta siguiente: ¿por qué algunos escuchan las «voces ancestrales»? No he encontrado respuesta. Y, sin embargo, es pertinente si creemos, como escribe en 1998

en el prólogo a la segunda edición de *El linaje de Aitor*, que «resulta más cómodo vivir en el seno de una sociedad sin identidades claras o, al menos, con identidades lábiles, que entre adoradores de las pequeñas diferencias gregarias». Ciertamente, no es el objetivo de Juaristi dar respuestas. No obstante, las sugerencias que hay al respecto adolecen de un cierto esquematismo derivado de la tradición marxista (vía Lukács), en unos casos, o apuntan, sin desarrollar, la pertinencia de valorar el ámbito de la irracionalidad en la política, en otros. De este modo, la comprensión del fenómeno nacionalista vasco, en su pluralidad y discontinuidad, aparece velada por una muy clásica concepción estratigráfica de la realidad social o por la lógica de «la imaginación desaforada» privilegiada por la modernidad.

Por otra parte, parece como si la modernidad trancurriera sin que prácticamente afectara al núcleo del lenguaje político. Incluso, el mundo perdido de Arana se concibe como una premodernidad, «añorante del Antiguo Régimen». Juaristi no valora a este respecto lo que representó el primer nacionalismo vasco como cultura política plenamente moderna, capaz de elaborar a través de la prensa, la literatura, los mítines, los himnos y las banderas una mística de cohesión y diferenciación de la comunidad nacionalista vasca, y a través de ella de apelar y movilizar a una ciudadanía a la que los gobernantes de turno en la España finisecular habían dejado muy poco espacio ⑥. El análisis del nacionalismo, creador de una identidad colectiva, no puede renunciar, a costa de convertir a la propia ideología en el único sujeto de la historia, a tener muy en cuenta las implicaciones entre experiencias sociales y discursos disponibles (en plural) en cada contexto histórico.

Con ello entro en la segunda cuestión que quiero tratar, el punto de referencia irlandés. No hay duda de que en los últimos tiempos, y en particular desde el acercamiento del nacionalismo vasco a los postulados defendidos por ETA y HB, Irlanda, la Irlanda del

⑤ Juaristi abordada esta cuestión en *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1998 (primera edición de 1987).

⑥ Una síntesis histórica muy reciente sobre el nacionalismo vasco que trata estos temas es la obra de S. de Pablo, L. Mees y J. A. Rodríguez: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, 1895-1936*, Barcelona, Crítica, 1999.

Norte, se ha convertido en el espejo en el que ver a Euskal Herria (antes Euskadi y País Vasco). Esta identificación se construye, además, desde la total asunción del realismo de la correspondencia, y por supuesto al margen de los procedimientos lingüísticos que la han creado. Desconozco la postura de Juaristi al respecto, si bien todo su relato de *Sacra Némesis* está organizado explícitamente a partir de la lectura del libro de O'Brien, sobre patrón irlandés. Habría, pues, que preguntarse hasta qué punto la tradición vasca se deja atrapar toda ella dentro de ese patrón. Convendría prestar atención a otras referencias históricas y sobre todo escuchar la pluralidad y la diversidad de las culturas políticas del pasado, entrevistas en *El chimbo expiatorio*, y del presente actuantes en la sociedad vasca. No se puede perder de vista el hecho de que las voces de los ancestros que percibe Juaristi puede que sean las más estridentes o potentes, pero no son las únicas. Al igual que el nacionalismo vasco fue creación bilbaína, Bilbao fue también, y no paradójicamente, un destacado núcleo liberal en el siglo XIX, un bastión principal del socialismo y el entorno de relevantes figuras del nacionalismo español tanto a finales del XIX como en nuestro siglo. La escritura de Juaristi, su atractivo y su hechizo, puede hacernos olvidar a lo largo de la lectura que hubo y que hay otras voces, incluso la suya propia. El riesgo de ese olvido no es sólo que subestimemos la complejidad de la sociedad vasca. Es, sobre todo, que con el olvido aceptamos por pasiva los argumentos nacionalistas y dejamos que la historia señale un único sentido.

Es evidente que los nacionalismos son (se hacen) inteligibles en sus relaciones con otras culturas políticas. Es absolutamente pertinente valorarlas desde el momento en que las prácticas nacionalistas quieren construir unas nuevas identidades colectivas. Y valorarlas históricamente, en sus continuidades y rupturas. En este sentido, las historias sacrificiales por la patria imaginada, la idea sacrali-

zada de identidad social (con sus muertos, mártires, tumbas y tierras) o los conceptos de independencia, libertad, soberanía y nación nos llevan también al núcleo de la tradición liberal española y, más allá, al mundo intelectual europeo que tras el Terror jacobino de 1793-1794 comenzaba a vislumbrar «la era de las naciones» surgida «cuando la jerarquía de deberes estoicos fue derrotada, cuando la teoría del derecho natural fue sustituida por la de *Volksgeist*, o el espíritu del pueblo, y cuando el amor hacia la tierra y lengua acostumbradas, una o ambas garantizadas por la providencia, sustituyó al amor por los conciudadanos». El relato de culto a la patria de Juana de Vega y de su guerrero, con el que abría el comentario, puede ser leído desde la tensión presente en el propio liberalismo decimonónico. De un liberalismo que, además, aun creando el individuo-ciudadano, construía la nación española como sujeto constitucional central, al cual quedaban subordinados los derechos individuales. De un liberalismo, en fin, que se dotó de un Estado liberal, el Estado-nación, en sí mismo nacionalista y relativamente alejado de un auténtico Estado de Derecho. Monopolizando y definiendo en términos excluyentes una forma nacional, los nacionalistas fueron también, en cierto sentido, herederos de ese magma político-intelectual. El rostro de la modernidad tiene rasgos imprecisos.

Jon Juaristi escribe desde la convicción de que la única manera de emanciparse de las voces ancestrales (o del sueño del Estado y la nación nacionalistas) es reconociéndolas y sometiéndolas. Quien las ignore verá su mundo destruido por los muertos. Tal vez. En todo caso, el mundo de ciudadanos y ciudadanas haría bien en pensar su discurso, y en recordar que los mandalas también pueden ser de arena de colores, y éstos se los lleva el viento.

⑦ M. Thom: *Repúblicas, naciones y tribus*, Gijón, Trea, 1999, p. XVII.